PARROQUIA SAN BENITO

Domingo, 10 de agosto, 2025

DOMINGO XIX ORDINARIO

Queridos hermanos y hermanas:

Esta vez, el "camino" del cristiano, tal como nos lo describe san Lucas, es el de la vigilancia. Empieza nombrando de nuevo las riquezas, pero luego entra en lo que hoy puede ser el tema central de las lecturas: la vigilancia. Es una dimensión de la fe cristiana que parece más propia del Adviento, pero siempre resulta útil recordarnos la gran pregunta: ¿qué hacemos de nuestra vida? ¿cómo la administramos? ¿de dónde venimos y adónde vamos? ¿vivimos despiertos?

Jesús, de nuevo buen pedagogo, nos enseña con varias comparaciones cómo debe ser de despierta y vigilante nuestra fe. 1) El mejor "banco" para guardar nuestras posesiones es el cielo, "donde no se acercan los ladrones ni roe la polilla", porque "donde está su tesoro, allí estará también su corazón". 2) La actitud de los criados que aguardan la vuelta del amo, que se ha ido a una fiesta. Puede volver bien entrada la noche o de madrugada; si les encuentra bien preparados, cosa inaudita: "los hará sentar a la mesa y los irá sirviendo". 3) La del dueño de casa que no sabe cuándo pueden venir los ladrones. 4) La del administrador que debe estar preparado a rendir cuentas de su gestión en cualquier momento.

Jesús nos invita a vivir "ceñida la cintura y encendidas las lámparas", "como los que aguardan la vuelta del Señor". Como los judíos en la cena pascual. Como las cinco muchachas prudentes que esperaban al novio con aceite en sus lámparas. Como los criados guardando en orden la casa.

Esto tanto puede referirse a la venida última, gloriosa, de Cristo, Juez de la historia, o a nuestra muerte, el momento decisivo para cada uno de nosotros y cuya fecha desconocemos. Pero también puede referirse a la vida de cada día, en que se suceden ocasiones de gracia que corremos el peligro de desaprovechar: la Palabra, los sacramentos, los acontecimientos, las personas. Si estamos despiertos, podremos aprovechar la presencia de Dios en todo esto; si estamos adormilados, ni nos daremos cuenta.

Una de las cosas que más embotan nuestro ánimo y nos impiden la vigilancia es el excesivo apego a las riquezas: "donde está su tesoro, allí estará su corazón", y allí están nuestras preocupaciones.

A todos nos resulta útil la llamada a la vigilancia. Los ejemplos de las tres lecturas -los israelitas en su Pascua, Abrahán en su peregrinación, los criados esperando la vuelta del amo y el amo vigilando su casa contra los ladrones- nos estimulan a vivir también nosotros despiertos.

Humanamente, pensamos en nuestro futuro y en el de nuestra familia, hacemos planes, calculamos y revisamos los presupuestos, nos apuntamos a las mejores compañías de seguros, nos proveemos de los mejores mecanismos antirrobo: pero ¿vivimos despiertos también en nuestra fe? ¿trabajamos por crecer en la vida cristiana, pensando en el futuro? ¿pensamos que también nos pueden robar esa fe, o que nos pedirán cuentas de ella? ¿nos preocupamos por dar a nuestros hijos o alumnos también los valores de la fe, que les puedan servir para toda la vida?

Vigilar significa no distraerse, no amodorrarse, no instalarse, satisfechos con lo ya conseguido. En medio de una sociedad que parece muy contenta con los valores que tiene, el cristiano vive en esperanza vigilante y activa hacia el futuro. No podemos permitir que se nos entumezcan nuestros músculos, porque, como los atletas y los peregrinos, necesitamos tenerlos en plena forma para el camino.

Vigilar -tener las lámparas encendidas para el encuentro con el Señor- significa tener la mirada puesta en los "bienes de arriba", no dejarse encandilar por los atractivos de este mundo, que es camino y no meta, y tener conciencia de que nuestro paso por él, aunque sea serio y nos comprometa al trabajo, no es lo definitivo en nuestra vida.

Vigilar es vivir despiertos. No con angustia, ni obsesionados por la cercanía del fin, pero sí con seriedad y una cierta tensión. Dando importancia a lo que la tiene. Como el estudiante que desde el comienzo del curso piensa en los exámenes finales. Como el labrador que siembra y está ya pensando en la cosecha. Como el deportista que desde el primer esfuerzo sueña con llegar primero a la meta, o al menos, no fuera de control.

Una de las imágenes de la Iglesia que ahora más repetimos, sobre todo en los cantos, es la del Pueblo peregrino, Pueblo en marcha, Pueblo que camina. Ciertamente esto no supone desentenderse de lo de aquí abajo: debemos ser protagonistas, no sólo de la "espera" del Reino, sino de su construcción, ya ahora. Dios nos ha dado unos "talentos" que debemos "administrar" y hacer fructificar.

Para ese camino que es la vida cristiana, tenemos la Eucaristía como "viático," o sea, como "alimento para el camino". Que nos da fuerza para seguir adelante y para trabajar por el Reino. Mientras la celebramos, en el espacio que hay entre la venida primera del Señor y la última, repetimos con frecuencia nuestra mirada hacia el futuro: "mientras esperamos la gloriosa venida de Nuestro Señor Jesucristo". La Eucaristía nos ayuda a tener bien firmes los pies en el suelo, con un compromiso y una misión en este mundo, pero con la mirada puesta en el final.

Homilía Pbro. Carlos Chavarría
Parroquia San Benito, San Salvador, El Salvador